

Mounier: su tiempo y el nuestro

Carlos Díaz

Profesor de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid

1. El kairós bélico de la primera mitad del siglo xx

Como todos sabemos, Mounier nace en 1905 y muere en 1950, pocos días antes de cumplir los 45 años. No resulta difícil comprender que el denominador común de ese tiempo es la guerra por doquier. A pesar de la presencia ubicua y repetitiva del fenómeno bélico, pocas generaciones como la de Mounier se habrán visto tan obligadas a encuadrar sus biografías en el marco de los horrores colectivos. Un término expresa mejor que ningún otro esta situación: **holocausto** («todo quemado»), término griego siempre unido a **Polemós**, la guerra.

1.1. *La primera Guerra mundial (1914-1919)*

En efecto, cuando Mounier empezó a darse cuenta de lo que es la vida tuvo que vivir en una Francia en armas durante la devastadora primera Guerra mundial, con su correspondiente devastada posguerra. Larga es la memoria del odio: la prehistoria de la primera Guerra mundial se remonta al 2 de septiembre de 1870, fecha en que el emperador Napoleón III cae prisionero de los alemanes en los campos de Sedán. Cinco meses más tarde, el rey de Prusia Guillermo I osa proclamarse emperador de la recién unificada Alemania en el mismísimo Salón de los Espejos del palacio de Versalles del rey Sol, Luis XIV: tenía que ser allí, para que todos lo vieran. La humillación del pueblo francés por la doble afrenta

caló tan hondo, que se convirtió en uno de los acicates decisivos que pusieron en marcha la primera Guerra mundial como la única posibilidad de desquite y resarcimiento de 44 años de frustración debido a que Otto von Bismarck, por su parte, intentó consolidar al Reich alemán y, para tener las manos libres, intentó aislar a la doblegada Tercera República francesa.

Bajo la obsesión por el desquite y tras una serie de enfrentamientos y alianzas en que se involucraron otras naciones, la guerra se hizo inevitable. Era tan grande la rivalidad económica, tan desesperada la carrera de armamentos, y tan exaltados los nacionalismos, que parecía no existir otra forma de solucionar la cuestión que con la gran sinrazón de las armas. El juego de alianzas se puso inmediatamente en marcha: Austria y Alemania (luego Italia también) contra Serbia, Rusia, Francia y Gran Bretaña convirtieron lo que se suponía breve guerra en una interminable guerra de trincheras.

La gran ofensiva de Alemania contra Francia en Verdún se convertiría en una de las batallas más largas (300 días) y más sangrientas (un millón de bajas). Pétain se alzó como héroe, y Alemania terminó perdiendo la guerra y siendo humillada. El orgullo francés, canalizado por Clemenceau, se había cebado sobre los alemanes antes orgullosos y ahora humillados. Dada la lógica del resentimiento que estamos viendo, ¿hará falta recordar que los Aliados victoriosos impusieron el mismo escenario para la firma del tratado de paz (28 de junio de 1919), a saber, el Salón de los Espejos de

Versalles? La dureza de las cláusulas impuestas a Alemania hizo que muchas fueran imposibles de cumplir. Esta imposibilidad justificó los intentos ulteriores de Hitler por romper los acuerdos del tratado e intentar recuperar la dignidad perdida. Aún perdida, la llama de la venganza continuaba inflamando el pecho de los derrotados.

1.2. La revolución rusa (1917)

Como una guerra al margen, aunque no sin conexiones con ésta, el mundo alcanza a ver la revolución más grande de la historia, la rusa del 1917, cuya onda de expansión ideológica iba a ser determinante para Francia, un país capitalista y fabril con un fuerte y antiguo movimiento obrero. Las ideas socialistas adoptan la deriva del comunismo, y éste recuerda que la historia de la humanidad no es ni más ni menos que la lucha de clases, y que la paz no llegará hasta la victoria final del proletariado sobre el capitalismo. Ningún político extranjero ha tenido en la historia de Francia (ni en la de la revista *Esprit*) tanta importancia como Stalin, el sucesor de Lenin. El estalinismo forma parte del paisaje francés tanto como del moscovita.

1.3. El paréntesis de los felices años veinte

Apenas terminado todo eso, que conmovería al mundo, aparecen los «felices años veinte», expresión con que se designa el periodo entre 1921 y 1929, caracterizado por el auge económico —propio de toda reconstrucción posbélica en que hay abundancia de trabajo— y por el optimismo generalizado. El coche deviene símbolo del bienestar. La adopción por Henry Ford de la producción en cadena en su fábrica de Chicago, que reducía los costos y por tanto el precio del vehículo, acerca el coche a las clases medias burguesas. Lo propio acontece en París, con sus luminosos, su torre Eiffel adornada con un gran anuncio de la Citroën. Se difunden los electrodomésticos, que liberan a la mujer de parte de sus tareas caseras. Los felices años 20 también reflejan el giro hacia la frivolidad y hacia la prensa del corazón, fenómeno no tan nuevo. El ejemplo de las estrellas del cine como Greta Garbo, Gloria Swanson y Mary Pickford tendrán gran influencia en el cambio de costumbres de las mujeres, deseosas de imitar el estilo de vida

de sus ídolos. París se convierte no sólo en la patria de los pintores y demás artistas de la bohemia, sino que se afianza como el centro de la moda mundial. Nuevos tipos de peinado, vestidos más ligeros y cuerpos estilizados, preanoréxicos, cambian por completo la apariencia de la mujer europea de posguerra. Junto a la mutación en su aspecto externo y en su estilo de vida (también se hacen presentes ellas en las fábricas, al morir los varones), la mayoría de las mujeres occidentales consiguen que se les reconozca el derecho a ser equiparadas al hombre como sujetos políticos, accediendo por primera vez al derecho a votar y a ser votadas en las elecciones municipales y legislativas.

1.4. El crack de Wall Street (1929)

Pero en medio de todo esto se produce el crack de Wall Street. Este casino financiero mundial de nuestros días ya estaba potencialmente contenido en aquel, y el girar de su ruleta depara de cuando en cuando sorpresas para muchos ingratas. La ruleta de Wall Street aún gira. El pánico se apoderó de la bolsa de Nueva York cuando el valor de las acciones se desplomó en apenas unas horas, sin que casi ningún economista hubiese sido capaz de prever la magnitud de la crisis. El 24 de octubre de 1929 fue un octubre negro para la economía mundial. Miles de empresas fueron a la quiebra, al igual que sus inversores. Decenas de bancos arruinados, pequeños y medianos financieros cayendo al vacío desde los rascacielos neoyorquinos, fortunas de papel bursátil convertidas en basura que los barrenderos retiraron del asfalto de Wall Street, paisaje apocalíptico tras la batalla, eso fue el día negro de la bolsa neoyorquina. Bastaron unas horas para eclipsar las ilusiones y grandezas de toda una década. Las consecuencias fueron muy importantes en todos los órdenes; al paro masivo, a las colas de desempleados ante los centros de beneficencia esperando la sopa boba, al asalto de establecimientos de comestibles, al cierre de empresas y al desorden en el comercio internacional hay que añadir otras más duraderas, como el fin del liberalismo económico según se entendía en el siglo XIX, sustituido ahora por un sistema de economía mixta con la participación de capital privado y estatal, y el surgimiento de políticas de carácter social y laboral asumidas por los Estados.



Carlos Díaz (en el centro), con miembros del Instituto E. Mounier de México

Aviso para navegantes: el que quiera entender que entienda. No sólo cuanto mejor le vaya a la Bolsa le irá peor al pobre; es que además cuando la Bolsa está llena tan sólo de especulación termina yéndole mal a la misma Bolsa.

1.5. La guerra civil española (1936-1939)

Además se produce la guerra civil española, que no fue una guerra local más, sino el último crisol donde a la vez se jugaba la guerra y la revolución, de ahí la presencia de las tropas rusas y de las occidentales en la herida de muerte piel de toro hispana. La República sufre una grave derrota en la batalla del Ebro. El 26 de octubre de 1938 los últimos brigadistas internacionales salen de España, principio de éxodo y barrunto de renuncia a la utopía cosmopolita. Todas las voces que buscan lo eterno, lo común, lo humano, viven a partir de entonces el exilio. Como símbolo, el 22 de febrero de 1939 vuelve al silencio en la noche del olvido la voz de los poetas: Machado muere casi olvidado en la localidad francesa de Colliure.

En España se ha impuesto el futuro, es decir, el imperio del dinero, religión más fuerte. Fran-

co ordena la construcción de un monumento a los caídos empleando presos políticos: he ahí cómo la guerra que ha generado la muerte de los vencidos no termina con la muerte, alarga sus sórdidos sonidos dando albergue a la memoria de la venganza. Sólo después, cuando los años extienden su manto de olvido en ausencia de los protagonistas y de sus antagonistas, sólo después queda al descubierto la gran mentira: ¿para qué una guerra tan dramática y cainita entre hermanos, si al final de sus cenizas resucitan sus hijos convertidos en adoradores del mismo becerro de oro?

1.6. La guerra imaginaria

Pero el veneno bélico se filtra más allá de la conciencia hasta las entretelas del subconsciente, pues una sociedad metida en guerras, o la hace o la teme, o la sueña, o todo a la vez. A los ocho de la noche del 31 de octubre de 1938 la versión radiofónica de «La guerra de los mundos» de H.G. Welles radiada por el actor de 23 años Orson Welles produce un nuevo tipo de pánico en los EE UU.

¿Cuál es el valor simbólico infinito de esta radioemisión que prolonga la guerra real en guerra

virtual, anticipo también de lo que vemos ocurrir en nuestros días, en que la distancia entre lo real y lo virtual se ha aminorado? Que pone al descubierto la mentalidad agresora, que siempre se teme agredida. EE UU ha narrado al mundo desde entonces y sigue narrando millones de veces al día por cada uno de sus canales, canalillos y canales la misma historia: todos invadimos, todos somos marcianos, hasta los habitantes de la isla de Granada, Nicaragua, etc. Los EE UU se defienden continuamente de todas las agresiones, pues las suyas son guerras de defensa, además de ser guerras santas.

1.7. La segunda Guerra mundial

Y luego, por si faltaban cañonazos, aparece en escena la segunda Guerra mundial, desencadenada por Hitler y por quienes le votaron, pues no hay que olvidar que Hitler fue democráticamente elegido el 1 de agosto de 1932. De los 36.178.900 sufragios emitidos, 13.440.000 votos fueron a parar al Partido Nacional-socialista, seguido por los socialistas con siete millones, y por los comunistas con cinco, los tres partidos más votados. De todos modos, resulta muy difícil predecir el sesgo que tomará la historia futura cuando ella se está viviendo en forma de presente: recuérdase que en otra «guerra relámpago» en que los judíos ganaron a los árabes la verdadera noticia estaba en otra parte en que parecía no estar: en la subida del precio de los crudos, la crisis del petróleo derivada de dicha guerra. Sin ir más lejos, la gaceta del Voss afirmaba todavía en abril del 1932, pocos meses antes: «Entre los dirigentes del movimiento racista en Munich se considera a Gregor Strasser como el verdadero jefe y hombre de porvenir. Adolfo Hitler quedará con el tiempo borrado y promovido al título decorativo de presidente de honor del partido». Ya ven ustedes. Por lo demás, ¿cómo podía ser presidente de honor alguien en un partido sin honor?

El caso es que las tropas germanas ocupan casi a la vez Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, es la **Blitzkrieg** o guerra relámpago. En un abrir y cerrar de ojos ese relámpago de la muerte aplasta a los ejércitos aliados tras sortear la línea Maginot. El 14 de junio de 1940 cae París ante Hitler. Una columna del X ejército alemán desfila delante del Arco del Triunfo y baja

por los Campos Elíseos hacia la Plaza de la Concordia. El 17 de junio dimite el presidente Reynaud, tras pedir a su pueblo que cese el inútil combate. Ese mismo día Pétain asume el poder y el 22 firma el armisticio en el mismo vagón en que se había firmado la rendición de Alemania ante Francia en la primera guerra mundial. Finalmente, el 10 de julio, nace el Gobierno de Vichy, con Pétain a la cabeza como «jefe del Estado francés», decapitando así a la III República.

Los judíos son confinados entre el gueto y los campos de concentración. Siete meses tardó en construirse el muro que habría de limitar el gueto donde se confinaría a la población judía de Varsovia, un tercio del total. Cuando concluyó, 350.000 judíos, de los 390.000 que poblaban la capital polaca, fueron arrancados de sus casas y encerrados en ese lugar.

¿Y a estas alturas qué novedad podríamos narrar de los campos de concentración nazis, cuya secuela de inhumanidad difícilmente puede ser rebasable? De los campos de concentración, por mucho que se diga y se haya dicho, nunca se dirá todo, porque de lo que no se puede hablar es mejor callar. Aunque Adolph Hitler no se diera cuenta de que la muerte arrastra a la muerte, su misma espiral termina alcanzándole a él mismo al suicidarse la tarde del 30 de abril de 1945 junto a su amante Eva Braun en el bunker de la cancillería para no caer en manos de los rusos. Mussolini, por su parte, también muere linchado por el pueblo milanés, que se ensaña con su cadáver y con el de su amante, Clara Petacci, porque el odio que genera la muerte continúa vivo cuando la muerte muere para seguir matando.

El 6 de julio del mismo año esas muertes continuaban desplegando su lógica, ahora por vez primera atómica: esa madrugada el coronel Paul Tibbets despegaría de la base de Tinian con su fortaleza volante B-29 Enola Gay, que transportaba la bomba atómica llamada Little Boy, lanzándola a las 8'15, cuando gran parte de la población ya se encontraba trabajando o se dirigía a su puesto laboral. De momento, la muerte cierra su círculo infernal cuando, al firmar el ejército alemán la capitulación de Reims (9 de mayo de 1945), el general Jodl proclama mientras se rinde: «Con esta firma el pueblo alemán y sus fuerzas armadas se ponen, para bien o para mal, en manos de los vencedores. En esta guerra, que

se ha prolongado por más de cinco años, nuestro pueblo y nuestro ejército han sufrido más que ningún otro pueblo en el mundo».

También muere en 1947 otro que vivió matando, matado esta vez por la sífilis. Tenía 48 años, sobre sus espaldas recaían 300 asesinatos, se llamaba Al Capone. Y balas asesinas mataron también en 1948 al mahatma Gandhi (al que Winston Churchill, tan inglés, había llamado «fakir semidesnudo», quizá porque no vestía como S.M. la reina de Inglaterra), pero la vida del revolucionario Gandhi es de las que cuanto más son cercenadas más florecen y más vida acarrear. Esa es la diferencia: verdadero revolucionario es el que da la vida por los demás, falso el que la quita.

1.8. El estalinismo

Mientras tanto, el comunismo reina en la URSS, y pronto bajo Stalin se hará ferozmente dictatorial. Tras haber masacrado a los rebeldes del interior por millones, persigue a los disidentes con todo tipo de argucias a lo largo y ancho del mundo: el español Ramón Mercader asesina a León Trotski el 20 de agosto de 1940 en la ciudad de México, donde se había refugiado. Lo que debía ser internacionalismo proletario es una O.N.G. muy peculiar: la venganza sin fronteras.

Durante años las discrepancias entre los socialistas europeos de la segunda Internacional de trabajadores (fundada en 1889) y los comunistas nacidos en la tercera Internacional (1919) son constantes. En Francia, a finales de 1920, en el Congreso de Tours, el Partido Socialista se escinde en dos, formando la parte más radical a la internacional comunista, la Sección Francesa de la Internacional Comunista (SFIC). Las elecciones francesas de 1932 supusieron una victoria para las izquierdas. Los partidos de izquierda



consiguieron 334 escaños frente a 259 de la derecha. De ellos los radicales obtuvieron 157 y los socialistas (SFIO) 129; los comunistas lograron 12. A pesar de ello su influjo siempre fue, en todos los países, más grande que su número.

Así las cosas, el temor al auge del fascismo y la constatación de que los comunistas se equivocan al catalogar a los socialistas como enemigos de la clase obrera (hasta el punto de calificarles de «socialfascistas») posibilita que el VII Congreso de la Internacional comunista (1935), por orden de Stalin, dé un giro a su política de alianzas y acepte su participación en un **frente único** antifascista. En Francia la amenaza del fascismo parece más real y, por tanto, es allí donde surge, a propuesta del comunista Maurice Thorez, el



1946, Chatenay. «Les Murs Blancs». Con su esposa, Paulette Leclerq (1905-1991).

primer **Frente Popular**, compuesto por socialistas, comunistas y la Unión de Republicanos Socialistas, que sirve de modelo a procesos similares en otros países, como España. El Frente Popular se instaura en el 1936-37 y es presidido por el socialista León Blum.

El comunismo, mientras tanto, se infiltra entre los socialistas y en el pueblo, y extiende sus fronteras por otros países. Mao Tse-Tung toma el poder y proclama el advenimiento de la República Popular China (1949), cuyo régimen es inmediatamente reconocido por la Unión Soviética y sus países satélites.

1.9. La Guerra Fría

A las guerras calientes e imaginarias hay que añadirle además la Guerra Fría para completar el menú. Por fin, en este medio siglo hiperbólico, apenas concluye la segunda Guerra mundial, y se celebra la entrevista de Yalta entre Roosevelt (EEUU), Churchill (Inglaterra) y Stalin (URSS), se inaugura la Guerra Fría o equilibrio

del terror entre el comunismo de la URSS y el capitalismo de los EEUU, las dos formas de imperialismo que pusieron al mundo entre la espada y la pared, y que —aun presentándose en forma de bipolaridad— no pretendían en última determinación sino establecer un mundo monopolar, monopolístico, de total monopolio. El frenético anticapitalismo de las autoridades soviéticas tiene su réplica en el feroz anticomunismo de las diferentes administraciones norteamericanas. Los EE UU intentan frenar por todos los medios la difusión del comunismo en el mundo. Los países de Europa oriental pasan a ser democracias populares vigiladas estrechamente por Moscú. En 1947 Stalin impone la creación de la Oficina de Información comunista (Cominform). En la misma fecha los EE UU ponían en marcha el plan Marshall de ayuda económica para impulsar la reconstrucción de Europa tras la guerra. La guerra fría se convierte en guerra caliente cuando Corea es dividida en dos mitades a partir del paralelo 38: en junio de 1950 las tropas comunistas de Corea del Norte

invaden Corea del Sur, mientras los americanos envían tropas a Corea del Sur bajo el pabellón de las Naciones Unidas. Pero ya esto no alcanza a verlo Mounier, que muere en marzo.

Es verdad que en 1942 veintiséis países crean las Naciones Unidas para garantizar la libertad de las naciones, pero en el fondo vigilan las dos superpotencias, la URSS y los EE UU.

2. La posguerra

En agosto de 1944, tras la liberación de París, se insta en Francia el gobierno provisional («de la unanimidad») bajo la dirección del general Charles de Gaulle, vinculado al movimiento de Resistencia. En diciembre se alía con la URSS de Stalin, gran potencia y además muy prestigiada por su actuación en la segunda guerra mundial contra Hitler. Como potencia vencedora, Francia obtiene un puesto en el Consejo de Seguridad de la ONU y la administración de zonas de ocupación en Alemania y en Austria.

El 9 de septiembre de 1944 se constituye en París el «gobierno provisional de la República francesa». Charles de Gaulle, personificación de la voluntad de resistencia francesa dentro de la derrota de 1940 y autoridad indiscutible en adelante dentro de la Francia liberada, a la hora de formar su gabinete de «concordia nacional» tiene en cuenta las tendencias políticas más importantes y a los representantes de todas las ramas del movimiento de resistencia. El general sabe que sólo una coalición cuidadosamente equilibrada estará en condiciones de iniciar la estabilización del país, destruido económicamente y quebrantado en cuanto a su identidad nacional. Pero no se consideraba simplemente jefe de un gobierno de todos los partidos, sino portador de

la misión histórica de salvaguardar la continuidad del Estado francés y restablecer el rango de la nación en el mundo.

La situación del país, cuyos puertos atlánticos y zonas fronterizas orientales seguirían en parte hasta la primavera de 1945 en manos de Alemania, era catastrófica. Sólo los costes de la reconstrucción de edificios, instalaciones industriales, vías de comunicación, etc., destruidos durante la guerra ascendieron a una suma dos o tres veces superior a la renta nacional de antes de la guerra. El índice de producción industrial desciende de 100 (1929, el mejor año de entreguerras) a 29 (1944). La balanza comercial presenta un fuerte desequilibrio; en la segunda mitad de 1944, por



15-22 de agosto de 1932. Font-Romeu. Congreso fundacional de Esprit

ejemplo, se importan cinco veces más de lo que se exporta. Faltan las materias más necesarias, sobre todo el carbón. Los beneficios de la agricultura descienden en 1945 entre el 25% y el 40%. Las raciones económicas para los adultos ascienden en septiembre de 1944 en París a tan sólo 1200 calorías.

La apelación de de Gaulle a la unidad

de los franceses, sus llamamientos a «construir fraternalmente el edificio de la renovación» serán más que simples llamamientos a la lealtad ante la difícil e inminente tarea que hay que realizar. El gobierno provisional enlaza con la «unidad de esperanza y acción alumbrada por la resistencia». El propio general de Gaulle, poco sospechoso de izquierdismo, no quiso ni pudo sustraerse al mandato reformista del movimiento de oposición y así, con la euforia de la «Libération de la France», en el transcurso de dos años se implantó un paquete de reformas sociales y económicas desconocidas desde la Revolución de 1789. La clase trabajadora reaprende a cantar La Marsellesa.

En las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente de octubre de 1945 se produce la

victoria de los comunistas (25% de los votos), que están en su cenit de prestigio, de ahí su arrogante denostación de quienes osan musitar contra ellos algún reproche, como lo hace Esprit, socialistas (23%) y demócratas (Movimiento Republicano Popular, 23%). En enero de 1946 De Gaulle, por considerar que el Estado no puede estar a merced de los partidos, y al no poder imponer su punto de vista, dimite sorprendentemente. Con la partida de de Gaulle se inicia el período, de algo más de un año, del llamado «tripartidismo», en que la responsabilidad del gobierno es asumida conjuntamente por comunistas, socialistas y republicanos. Cuatro gabinetes se suceden durante este «matrimonio de conveniencias», en que las controversias entre PCF, SAFIO y MPR, cada vez más fuertes, pronto se asemejarán a una guerra fría de unos contra otros.

La IV República se abre del 1946 al 1958, fecha en que comienza la V, que ya no conocería Mounier. En las elecciones para el primer período de legislatura de cinco años de la Asamblea Nacional, el 10 de noviembre de 1946, el PCF se convierte en el partido más fuerte con casi un 29% de los votos; el MRP obtiene un 26%, y los socialistas sólo el 18%. Con la elección del socialista Vincent Auriol el 16 de enero de 1947 concluía la implantación de las instituciones políticas de la IV República, dos años y medio después de la liberación de París.

Como era inevitable, los tres partidos contienen entre sí por divergencias en política social y económica. Al igual que en la mayor parte de los países europeos, la situación económica se agrava en Francia en 1946-47. La producción se estanca, los alimentos escasean, el coste de vida sube vertiginosamente. No obstante, el gobierno mantiene los topes salariales para contener la inflación. Las huelgas salvajes se suceden entre la clase obrera, y el PCF ve peligrar su influjo en el sindicato CGT (Confederación General del Trabajo, dominado por los comunistas), y cuya ala socialista se constituirá en abril de 1948 en sindicato independiente (CGT-FO, Confederación General del Trabajo- Fuerza Obrera). Mientras, el general de Gaulle aprovecha la crisis para invitar a todos los franceses a unirse al «Reagrupamiento del Pueblo Francés» (RPF, Rassemblement du Peuple Français), fundado por él para reformar las instituciones de la IV República, combatir el comunismo, y reno-

var profundamente la vida política de Francia, y obtiene un gran éxito. La Francia que propone de Gaulle es un país en que un hombre libre e inteligente pueda, razonablemente, elegir para vivir.

En fin, ya en las postrimerías de la vida de Mounier, también Israel celebra su independencia como Estado el 15 de mayo de 1948, aunque hasta la fecha no haya alcanzado su pacificación. Asimismo, en diciembre de 1948, la ONU aprueba la declaración de los Derechos del Hombre que consta de un prólogo y treinta artículos, aunque se abstuvieron la Unión Soviética y sus países satélites, acusando a Occidente de ser fascista. Pocos meses después, y Mounier aún llega a conocerlo y comentarlo, los países democráticos firman un pacto defensivo: la OTAN. Estados Unidos, Canadá, y diez naciones europeas forman una nueva entidad a la que se denomina Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), cuyo objetivo según Truman era conservar la paz mundial, o lo que Truman entiende por tal, es decir, frenar la «creciente amenaza que para los países occidentales representa hoy la Unión Soviética». La posición de Esprit es profética como siempre, y por eso traducimos en Acontecimiento muy pronto su artículo de mayo de 1949 titulado 'Pacto Atlántico': «El pacto lleva en sus flancos las más siniestras ilusiones y un mecanismo internacional de freno social. Sin protegernos realmente contra la guerra, nos compromete en una política que agrava el antagonismo entre los dos bloques. Quizás tenga el sentido de preparar y ganar una guerra. Pero nuestro fin no es el de ganar la guerra, sino el de impedirla. Por eso nuestra oposición al Pacto es total... ¿Neutralidad entonces? Tenemos más de una razón para rechazar este término... En verdad, se trata de otra cosa, muy distinta. Ahora hay que denunciar sin descanso todo lo que lleva a la guerra, exigir la paz a los que se agrupan en nombre de la paz, y la libertad a los que se declaran dispuestos a defender la libertad con las armas. Hay que arrancar a los impostores todas las razones de lo que sería su monstruoso y último logro. ¿Qué esperan para hablar las fuerzas espirituales, los agrupamientos de élites y todos los que defienden la cultura, la libertad y la familia con tanta pasión cuando están amenazadas por un reglamento de administración, pero se callan cuando están amenazadas por la bomba atómi-

ca?, ¿qué esperan las Iglesias? Deberíamos ver surgir tantos pacifismos como amores, amistades, fervores y promesas de apostolado hay, allí donde hay una carne frágil, un alma que elevar, o una comunidad que hace vivir. Contra esta guerra ha llegado esta vez el tiempo de los insurrectos».¹

Mientras tanto, la vida de la gente continuaba: después de ponerse en marcha el tren Talgo, y de comercializarse la penicilina, en el caluroso agosto de 1948 se celebra la primera retransmisión de televisión en España con una corrida de toros en directo desde el coso madrileño de Vista Alegre. El Caudillo sigue manifestando su envidiable capacidad como avezado pescador, y a partir de este momento las redes de la televisión también le ayudarán a llevar a sus vitrinas trofeos con peces de todos los colores.

Todo esto lo conoció Mounier y de ello se hizo eco militante Esprit; en realidad a su muerte ya se encontraba dispuesto el escenario de hoy, de cuyo decorado falta actualmente el comunismo, con todo lo que eso significa de rediseño del espacio anterior. Lo que Mounier ya no pudo ver respecto de la España a la que amaba fueron los dos acontecimientos históricos más importantes del año 1950: la reaceptación de España por la ONU en noviembre de 1950, y el gol de Zarra en la portería del guardameta inglés Williams, ganando por 1 a 0 a la péfida Albión y obteniendo así algo más que un histórico cuarto puesto en el campeonato mundial de fútbol. Desde entonces España es una nación, milagro que se renueva pese a los más exacerbados nacionalismos cada vez que su selección de fútbol está a la altura de la furia española. Don Balón y cierra España.

3. La Náusea

3.1. La náusea existencialista

La primera mitad del siglo xx fue un infierno dantesco, y Jean Paul Sartre, en la Francia ocupada, de forma paradigmática puso nombre a



1938, Jouy en Josas. Congreso de Esprit.

todo esto con su desgarró existencialista: el infierno son los otros, la vida es una náusea, la forma de amar es la de la puta respetuosa en el burdel, las manos están sucias, los muertos sin sepultura, las puertas están cerradas, el humanismo es la gran mentira, y la realidad se compone de sadismo, masoquismo, y sadomasoquismo. Náusea de náuseas, todo es náusea. Cuando el 3 de junio de 1943 estrena su obra de teatro «Las moscas» en el teatro de la Cité se oyen abucheos y pateos en el momento en que el personaje Orestes dice: «Hay hombres que nacen comprometidos y hay otros, los silenciosos».

3.2. La náusea burguesa

De ese existencialismo degradante pero aún rebelde habrá de surgir pronto un nihilismo desfalleciente y lleno de miedos que necesita agarrarse a las cosas para no sentir el vértigo y el vacío que se ha instalado en el alma humana. No estamos hablando aquí de ese nihilismo de altura que busca al superhombre, sino de ese otro que se entrega a la laboriosidad, a la industria, a la producción y al dinero porque no tiene ya nada más grande a que entregarse, ya que no cree en nada: una especie de calvinismo sin religión, o de poscalvinismo que ha hecho de la propiedad su religión. Estamos hablando del burgués.

La generación de Mounier, pues, tras tanta guerra, abre brecha histórica con dos respuestas a la crisis: el existencialismo amoralista, y el propietario burgués, dos manifestaciones dife-

rentes de un mismo desfondamiento antropológico.²

3.3. La náusea totalitaria

Pero hay un tercer desfondamiento antropológico como resultado de la crisis: junto al impersonalismo de los dos modelos antementados, se abren camino dos hiperpersonalismos totalitarios, el naci-fascismo, la voz del fascio, y el comunismo, la voz de su amo, que vacían de identidad a la persona para enaltecer con sus despojos la mística de las hipercausalidades y de los proyectos seudosalvíficos.

4. Esprit, por el triunfo del espíritu

4.1. Los perdedores tratados como objeto

Por todo lo que estamos viendo, el camino del personalismo estaba inédito y lo abrió con su pecho en el 1932 una revista, **Esprit**, espíritu, dirigida por un hombre de espíritu: Mounier fue hombre de Esprit porque fue hombre de espíritu, y no a la inversa.

El vio el denominador común de su época: la guerra es siempre guerra del vicio (deseo de poder y de tener) contra la virtud, y el pagador tiene un nombre: los más indefensos, los que no se pueden defender en esa guerra, los pobres. Los pobres son virtuosos no por una suerte de genetismo determinista, sino porque no han podido envilecerse en la guerra (que es guerra de ambición espúrea, de vicio), ya que no les ha dado tiempo a entrar en ella, o han sido centrifugados de ella pronto. Se han envilecido menos cuanto menos han guerreado.

4.2. Los pobres, sujeto histórico

Sólo los pobres de Yahvé son pobres: dimensión cristiana de Mounier, que conocía bien el Evangelio, y lo vivía. Por eso se pone del lado de los pobres de Yahvé. Y por eso escruta con intensidad y cercanía la huelga de hambre que el 20 de septiembre de ese mismo 1932 comienza Gandhi, un pobre de Yahvé, para que los parias puedan votar, oponiéndose al proyecto británico de ley electoral. Mounier siempre supo a dónde mirar y cuáles eran sus verdaderos amigos. Por eso no

miró hacia el imperio británico con sus civilizadas majestades al frente, que era como mirar a Johnny Weismuller, rey de la natación preparado para convertirse en el rey de las pantallas protagonizando ese mismo año «Tarzán de los monos»: los reyes de este mundo habitan la misma selva.

Llama la atención cómo Mounier le plantó cara a la muerte echándole valor a la vida, apostando por la persona como catalizador de sentido y como horizonte de esperanza fundado en el amor del cielo y del Dios bueno. A Mounier todo lo que ve, incluso lo malo, le sirve por antifrasis para ser mejor, para afanarse por lo que realmente merece la pena. En él sí hay un instinto básico de limpieza.

Notas

1. «Acontecimiento», 4, enero de 1986. Hoy los Estados Unidos están detrás de todas las guerras, sin excepción. No hay crisis grave donde no intervengan, donde el punto de vista americano no se tenga en cuenta, y no precisamente para pacificar, sino después de haber expoliado o pensando en expoliar. Son el único país del mundo que tiene flota de guerra en todos los mares. La única que monopoliza la información satelitaria. La hiperpotencia de los EE UU ejerce una hegemonía mundial absoluta, como nunca jamás imperio alguno. De hecho los EE UU han sustituido a las Naciones Unidas. Los EE UU son lo demoniaco, que se presenta como lo salvífico, como la estatura moral de la humanidad representada ayer en Reagan, hoy en Clinton, y mañana en otro que hará buenos a sus antecesores. Es curioso: durante el periodo de Guerra Fría estaba los EE UU manejaban continuamente el concepto de «amenaza», que supuestamente representaba el comunismo. Hoy en día ya ni siquiera nos sentimos amenazados, sino protegidos, por aquel que hace cumplir su voluntad en el mundo: ¿no es esto síndrome de Estocolmo, agradecimiento al secuestrador?
2. Tan fuerte es este desfondamiento, que el siglo XXI ha comenzado con los mismos síntomas; o, si se quiere, con una euforización de los mismos síntomas, ya que parece entregada a un éxtasis de felicidad basado en los ojos pedunculantes y en las prótesis tecnológicas que la ingeniería genética, la informática y el cálculo implementen sobre un hombre desalmado, al que se ha quitado el alma. Esta es la paradoja, pues, que el siglo XXI hereda del siglo XX: un hombre des-animado (nihilizante, antropológicamente desfondado) se presenta como un hombre muy animado gracias a los chips bioenergéticos que han de tonificarle. El siglo XXI se abre con la figura plástica de un gigante con los pies de barro, una vez más, aunque ahora con el formato epocal correspondiente.